

El origen del mundo

Concepciones Cosmogónicas En La Antigua
Mesopotamia

Mesopotamia

El drenaje de las marismas situadas entre los ríos Tigris y Éufrates, permitió el cultivo sistemático de cereales y legumbres, el crecimiento demográfico, la proliferación de ciudades y el mantenimiento de individuos dedicados a tareas no productivas tales como la plasmación en tablillas de las creencias de sus contemporáneos, algunas de ellas expresadas en poemas de gran belleza lírica.

Mesopotamia se convirtió en una floreciente región, tanto desde el punto de vista económico, como desde el punto de vista cultural. Cuna de nuestra civilización, atrajo a multitud de gentes a sus tierras. Y fue en estas tierras donde sumerios, acadios y babilonios se asentaron y desarrollaron sus espléndidas culturas. Las creencias, las prácticas rituales y las divinidades de estos tres pueblos parecen estar vinculadas entre sí y remitirnos a una misma visión cosmogónica, o por lo menos una concepción del mundo similar.



El desciframiento de las escrituras sumeria y acadia, y los métodos de datación de las tablillas encontradas, han permitido una reconstrucción bastante aproximada del universo mitológico

mesopotámico y de su evolución a lo largo de los milenios tercero y segundo a.C.



En las primeras tablillas el dios principal era Anu, responsable del destino y de mantener en su sitio al «cielo» (en sumerio, «an»), entendiendo como tal tanto la bóveda

azulada que domina el día como el negro manto tachonado de estrellas que define la noche.

Por debajo del cielo, y jerárquicamente en un segundo plano, se situaba Enlil, la personificación de la tierra, pero también de la tormenta, de la violencia descontrolada que rasga la noche con su rayo, que ensordece con su trueno y que con sus vientos huracanados arrasa cuanto halla a su paso.

El tercero en importancia era Enki (en acadio, Ea), el agua que fertiliza la tierra.

Los astros más conspicuos también disponían de un lugar en el panteón mesopotámico.

De entre ellos destacaba, evidentemente, el Sol, Utu para los sumerios y Samas para los acadios, que además personificaba la justicia.

La Luna era llamada Nanna por los sumerios y Sin por los acadios.

También tenían identificado al planeta Venus, que los sumerios llamaban Inanna y los acadios Istar.



Dumuzi era el dios mortal de la vegetación, que era ritualmente enterrado en la época de la siembra, en

otoño, para volver a resucitar en la siguiente primavera.

Personificadas las fuerzas elementales de la naturaleza, el siguiente paso consistía en integrarlos en un todo coherente, en un mito o «teoría» que los relacionara y permitiera explicar el devenir de los fenómenos naturales.

Uno de los primeros pasos en esa dirección viene representado por el ritual de apareamiento primaveral entre Dumuzi, la vegetación, personificado en el rey o señor principal de la ciudad, e Inana o Istar, encarnada en la gran sacerdotisa del culto a esa diosa. Dichas nupcias ejercían el papel de catalizador de la gigantesca reacción cósmica

que permitía la renovación estacional de la fertilidad de los campos y del mantenimiento de la vida de los humanos que los poblaban.

Los poemas cosmogónicos mesopotámicos El Poema de Atrahasis

La relación entre las fuerzas de la naturaleza fue ganando en complejidad, hasta cristalizar literariamente en el poema acadio Atrahasis, escrito a principios del segundo milenio a.C. El poema comienza evocando el inicio de los tiempos, cuando los dioses menores, bajo la dirección del violento Enlil, tenían que excavar los canales, levantar los diques, reparar ambos y labrar la tierra.

Cansados del arduo trabajo de drenar las marismas, represar las aguas y arar los campos con el fin de cultivar lo necesario para alimentarse a sí mismos y a los dioses mayores, quemaron sus picos y palas, renunciaron a trabajar y amenazaron a Enlil, el capataz.

Los tres máximos dioses, Anu, Enlil y Ea, es decir, el cielo, la tierra y las aguas, se reunieron con urgencia para tratar no sólo de resolver el conflicto, sino de sentar las bases para que no volviera a presentarse.

Ea, el más astuto de ellos, propuso la ingeniosa solución de crear unos seres, los

humanos, que trabajaran en lugar de los dioses y para ellos, entregándoles parte del alimento que produjeran.

Esos nuevos seres habrían de ser formados a partir de arcilla mezclada con la sangre de uno de los dioses menores, el que había encabezado la rebelión.

A partir de la masa original de arcilla y sangre se crearon siete hombres y siete mujeres, que fueron el inicio del linaje de los humanos.

A partir de entonces los dioses no tuvieron que trabajar más, limitándose a vivir de las ofrendas de los humanos.

Sin embargo, tanto trabajaban estos, tanto alimento producían, que se multiplicaron con rapidez, y doce siglos después de su creación eran ya tan numerosos que el ruido que hacían resultaba insoportable a los dioses.

El violento Enlil, irritado, reunió a los grandes dioses y con su consentimiento envió una epidemia que causó estragos entre los humanos, amenazando acabar con ellos.

El sagaz Ea, preocupado por la suerte de sus criaturas, les hizo saber que debían dirigir sus plegarias al dios de la muerte, Namtar, que finalmente se apiadó de ellos y acabó con la plaga.

Los supervivientes volvieron a multiplicarse y, transcurridos otros mil doscientos años, importunaron con sus gritos a Enlil, que de nuevo les castigó, secando todas las fuentes.

Aconsejados por Ea, su protector, los humanos dirigieron sus plegarias al dios de la lluvia torrencial, Adad, que llegó a tiempo para salvar a algunos famélicos representantes del género humano.

Por tercera vez volvieron los humanos a molestar a los dioses, y ahora Enlil decidió usar al mismo Adad para provocar un diluvio de tal magnitud que ahogara definitivamente a los humanos.

Esta vez Ea sólo pudo salvar a una familia, la de Atrahasis (quien da nombre al poema), el más sabio y bondadoso de los humanos. Aconsejado a tiempo de la conspiración de los otros dioses, Atrahasis constru-

yó un barco e introdujo en él a su familia (en el sentido extenso: mujer, hijos y parientes próximos), y con ellos diferentes parejas de animales, tanto domésticos como salvajes.

Mientras en las anteriores ocasiones los dioses habían seguido recibiendo alimento de quienes no enfermaban ni enflaquecían en exceso, ahora pasaron hambre, ya que sólo sobrevivían los pasajeros de la barca, incapaces de cultivar la tierra.

Ante la perspectiva de tener que volver a trabajar se replantearon la magnitud de sus castigos y llegaron a un punto de equilibrio, en el que aceptarían la existencia de humanos, pero limitando su número mediante las siguientes disposiciones: crearon un demonio cuya misión sería la de incrementar la mortalidad infantil tras los partos, parte de las mujeres sería estéril y otra fracción de las mismas renunciaría a tener hijos, asumiendo la virginidad como un valor reconocido socialmente con el cargo de sacerdotisas de determinadas diosas.



De esa forma, la mortalidad neonatal (y en su caso el infanticidio), la esterilidad y la virginidad eran no sólo reconocidas como mecanismos de control demográfico, sino que, situadas en la esfera de las decisiones divinas, permitían transferir a estos la responsabilidad de aquellas acciones y fenómenos.

El Enuma Elis

A mediados del segundo milenio a.C. se habían producido variaciones sustanciales en la situación política de la zona, regida ahora de manera indiscutible por Babilonia, cuyo dios Marduk,

pasó evidentemente a tener un papel preponderante en la cosmogonía mesopotámica.

Esas novedades quedan recogidas en un poema que empieza así:

 Cuando en lo alto el cielo no había sido nombrado,

 no había sido llamada con un nombre abajo la tierra firme,

 nada más había que el Apsu primordial, su progenitor,

 (y) Mummu-Tiamat, la que parió a todos ellos,

 mezcladas sus aguas como un solo cuerpo.

 No había sido trenzada ninguna choza de cañas, no había aparecido

 marisma alguna,

 cuando ningún dios había recibido la existencia,

 no llamados por un nombre, indeterminados sus destinos,

 sucedió que los dioses fueron formados en su seno.

Lahmu y Lahamu fueron hechos, por un nombre fueron llamados.

Durante eternidades crecieron en edad y estatura.

Anshar y Kishar fueron formados, superando a los otros.

Prolongaron sus días, acumularon años.

Anu fue su hijo, rival de sus propios padres,

sí, Anu, primogénito de Anshar, fue su igual.

Anu engendró a su imagen a Nudimmud.

Nudimmud se hizo de sus padres dueño, sabio sin par, perspicaz, fuerte y poderoso, mucho más fuerte que su abuelo Anshar.

No tenía rival entre los dioses sus hermanos.

Juntos iban y venían los hermanos divinos, alteraban a Tiamat al agitarse de un lado para otro,

sí, alteraban el talante de Tiamat

con sus risas en la morada del cielo.
No podía acallar Apsu sus clamores
y Tiamat estaba sin habla ante su conduc-
ta.

Sus actos eran odiosos hasta [...]

Aborrecible era su conducta; se hacían in-
sufribles.

Entonces Apsu, progenitor de los grandes
dioses,

gritó, dirigiéndose a Mummu, su visir:

«Oh Mummu, mi visir, que alegras mi espí-
ritu,

ven junto a mí y vayamos a Tiamat».

Fueron y se sentaron ante Tiamat,
deliberando acerca de los dioses, sus pri-
mogénitos.

Apsu, abriendo su boca,

dijo a la resplandeciente Tiamat:

«Su conducta me resulta muy odiosa.

De día no encuentro alivio ni reposo de no-
che.

Los destruiré, aniquilaré sus obras,
para restaurar la calma. ¡Tengamos des-
canso!».

Tan pronto como Tiamat lo oyó,
se sintió irritada y gritó a su esposo.
Gritó llena de enojo, sola en su furor,
poniendo amenaza en su tono:

«¿Qué? ¿Vamos a destruir lo que hemos
edificado?

Su conducta, ciertamente, es enojosa, pe-
ro esperaremos con paciencia».

Entonces respondió Mummu y aconsejó a
Apsu.

Malicioso y desgraciado fue el consejo de
Mummu:

«Destruye, padre mío, la conducta rebel-
de.

Así tendrás quietud de día y reposo de no-
che».

Cuando Apsu lo oyó, su rostro se puso ra-
diente,

por el mal que maquinaba contra los dioses sus hijos.

Mummu lo abrazó por el cuello, sentándose en sus rodillas para besarle. Pero cuanto habían tramado entre ellos fue repetido entre los dioses, sus primogénitos.

Cuando los dioses oyeron todo aquello, se agitaron,

cayeron luego en silencio y quedaron sin habla.

Soberano en saber, perfecto, ingenioso, Ea, sapientísimo, adivinó su conjura. Un designio dominador formuló y envió, capaz hizo su conjuro contrario, soberano y santo.

Lo recitó e hizo que subsistiera en lo profundo,

derramando el sueño sobre él, despierto del todo permanece.

Cuando a Apsu tuvo postrado, cargado de

sueño,

Mummu, el consejero, ya no pudo excitarlo.

Aflojó su banda, se despojó de la tiara, dejó su aura y se la puso él.

Después de encadenar a Apsu, lo mató.

Ató a Mummu y lo encadenó.

Después de haber así establecido su morada sobre Apsu,

se apoderó de Mummu, anillándolo por la nariz.

Después de vencer y pisotear a sus enemigos,

Ea, asegurado su triunfo sobre los adversarios,

descansó en su cámara sagrada sumido en paz profunda.

«Apsu» la llamó al asignar los santuarios.

Allí mismo su choza de culto estableció.

Ea y Damkina, su esposa, allí moraron en esplendor.

En la cámara de los destinos, morada de los hados,

un dios fue engendrado, poderoso y sabio más que los dioses.

En el corazón de Apsu fue Marduk creado.

El que le engendró fue Ea, su padre,

la que lo concibió fue Damkina, su madre.

Al pecho de la diosa fue amamantado.

La nodriza que lo crió lo hizo terrible,

Seductora era su figura, la luz brillaba en sus ojos.

Señorial era su paso, soberano desde antiguo.

Cuando lo vio Ea, el padre que lo engendró,

exultó y se iluminó su rostro, su corazón lleno de gozo.

Perfecto lo hizo y doble divinidad le otorgó.

Exaltado fue entre todos ellos, en todo excelente.

Perfectos eran sus miembros sin medida,

imposible de comprender, difícil de percibir.

Cuatro eran sus ojos, cuatro eran sus oídos.

Cuando movía sus labios, fuego escapaba de ellos.

Grandes eran sus órganos para oír, y los ojos, en número igual, escrutaban todo.

Era el más alto de los dioses, soberana era su estatura,

enormes sus miembros, era alto sobremediana.

«¡Hijito mío, hijito mío!

Mi hijo, el Sol, ¡Sol de los cielos!».

Revestido del halo de diez dioses, era fuerte

cual ninguno, con todos sus terribles destellos.

.....

Turbada estaba Tiamat, desvelada noche

y día.

Los dioses, maliciosos, aumentaban la tormenta.

Después de haber maquinado el mal en su intimidad,

a Tiamat dijeron los hermanos:

«Cuando dieron muerte a Apsu, tu consorte,

no le ayudaste, y te estuviste quieta.

Aunque él creó el hacha terrible,

tus entrañas se han disuelto y no tenemos reposo.

¡Permanezca en tu ánimo Apsu, tu consorte,

y Mummu, que ha sido derrotado! Sola has quedado».

.....

[...]

De entre los dioses, sus primogénitos, que formaban su asamblea,

elevó ella a Kingu, entre ellos lo hizo jefe.

Dirigir las huestes, presidir la asamblea,
alzar las armas para el encuentro, encabe-
zar el combate,
ordenar como jefe la batalla,
todo esto puso en sus manos mientras ella
lo entronizaba en el
consejo:

«Para ti he pronunciado el conjuro, exal-
tándote en la asamblea
de los dioses.

Todo poder te he dado para aconsejar a
los dioses.

¡Tú eres el mayor de todos, mi consorte
eres tú!

¡Tus sentencias serán firmes entre todos
los Anunnaki!».

Le entregó las tablillas del destino, atadas
a su pecho:

«Tu mandato será inmutable, tu palabra
permanecerá».

Tan pronto como Kingu fue exaltado a la

jerarquía de Anu,

sobre los dioses, hijos de ella, decretaron el destino:

«Vuestra palabra hará remitir el fuego, humillará al 'arma del poder', tan potente es su golpe».

[...]

Humillado llegó ante su padre, Anshar, Y le habló de este modo, como si fuera Tiamat:

«No me basta mi mano para someterte».

Sin habla estaba Anshar, fija la mirada en el suelo,

ceñudo y moviendo la cabeza ante Ea.

Todos los Anunnaki allí se congregaron.

Apretando los labios, se sentaron en silencio.

«Ningún dios, pensaban, podrá darles batalla,

enfrentarse con Tiamat y salir con vida».

El Señor Anshar, padre de los dioses, se

alzó majestuoso,

y después de meditar en su corazón, dijo a los Anunnaki:

«Aquel cuyo vigor es poderoso nos vengará,

el fuerte en la batalla, Marduk, el héroe».

[...]

«Anshar, no te inquietes; relaja tus labios.

Iré y lograré el deseo de tu corazón...

¿Es un varón el que se apresta a combatirte?

¡No es más que Tiamat, una mujer, quien te opone sus armas!

¡Oh padre mío y creador, alégrate y llénate de gozo;

pronto hollarás la cerviz de Tiamat!».

.....

«Hijo mío, que posees toda sabiduría, calma a Tiamat con tu sagrado conjuro.

Avanza pronto sobre la carroza de la tormenta.

¡De su presencia no te echarán! ¡Hazlos retroceder!».».

El señor se alegró por las palabras de su padre.

Exultante su corazón, dijo a su padre:

«Creador de los dioses, destino de los grandes dioses,

si yo ciertamente, como vengador tuyo,
he de vencer a Tiamat y salvar vuestras vidas,

iconvoca la asamblea, fija para mí un destino supremo!

Cuando juntos en Ubshukinna, alegres os hayáis sentado,

que mi palabra en vez de la tuya fije los destinos.

Inmutable será cuanto yo haga existir.

Ni revocado ni cambiado habrá de ser el mandato de mis labios».

[...]

Cuando esto oyeron Lahmu y Lahamu, gri-

taron con fuerza,

todos los Igigi « se lamentaron descorazonados:

«¡Qué extraño que hayan tomado tal decisión!

No podemos comprender las obras de Tiamat».

Se dispusieron a emprender el viaje,
todos los grandes dioses que fijan los destinos.

Llegaron a presencia de Anshar, llenando Ubshukinna.

Se besaron unos a otros en la asamblea.

Hablaban entre sí mientras se acomodaban para el banquete.

Tomaron el pan festivo, compartieron el vino,

henchidos de suave licor.

Bebían y el fuerte brebaje embebía sus cuerpos.

Iban languideciendo al paso que sus áni-

mos se exaltaban.

Fijaron los decretos sobre Marduk, su vengador.

Le erigieron un trono principesco.

Frente a sus padres él se sentó, presidiendo.

«El más venerado eres entre los grandes dioses,

tu decreto no tiene rival, tu mandato es Anu.

Tú, Marduk, eres el más venerado de todos los dioses.

.....

Sobre todo el universo te confiamos el reinado.

Cuando tomes asiento en la asamblea, prevalecerá tu palabra.

No fallarán tus armas, aniquilarán a tus enemigos.

¡Oh Señor, perdona la vida al que en ti confía,

pero quítasela al dios que eligió el mal!».

En medio pusieron un paño,

a Marduk, su primogénito, hablaron:

«Señor, en verdad tu decreto prevalece entre los dioses.

Si decides crear o destruir, así se hará.

Abre tu boca, desaparecerá este paño, habla otra vez, y el paño estará entero».

A la palabra de su boca desapareció el paño.

Habló de nuevo y se rehízo el paño.

Cuando los dioses, sus padres, vieron el fruto de su palabra,

gozosos le rindieron homenaje: « ¡Marduk es rey!».

Le entregaron cetro, trono y palu;

armas invencibles le dieron, para ahuyentar al adversario.

Fijado así el destino de Bel, los dioses, sus padres,

le pusieron en el camino del éxito y la vic-

toria.

Él se hizo un arco, que marcó como arma
suya,

añadió además la flecha, fijó la cuerda.

Alzó la maza, la empuñó con su diestra.

Arco y carcaj fijó a su costado.

Ante sí envió el relámpago,

de llama abrasadora llenó su cuerpo.

Hizo luego una red para envolver en ella a
Tiamat.

Los cuatro vientos sujetó para que nada de
ella escapara,

el viento sur, el viento norte, el viento es-
te, el viento oeste.

Al costado apretó la red, regalo de su pa-
dre Anu.

Soltó a Imhullu, «el viento malo», el tor-
bellino, el huracán,

el viento cuádruple, el viento séptuple, el
ciclón, el viento incontenible;

luego soltó los vientos que había sujetado,

los siete,

para remover las entrañas de Tiamat se alzaron a su zaga.

El señor agitó entonces la tempestad, su arma poderosa.

Montó en la carroza de la tormenta, terrible e irresistible.

Una cuadriga enjaezó y le unció,
Matador, Implacable, Hollador, Veloz.
Afilados, ponzoñosos eran sus dientes.
Diestros en asolar, hábiles en destruir.

.....

Circundada de halo terrible aparecía su cabeza,

avanzó el señor y siguió su camino,
contra Tiamat furiosa dirigió su rostro.

En sus labios llevaba un... de pasta roja;
su mano empuñaba una planta para vencer al veneno.

Entonces en torno a él se arremolinaron los dioses.

El señor se dirigió a escrutar el costado de Tiamat,

(y) de Kingu, su consorte, para conocer la trama

cuya maldición, ante su mirada, queda deshecha,

su voluntad se dispersa y su acción se confunde.

Y cuando los dioses, sus auxiliares, que marchaban a su lado,

vieron al héroe valeroso, su vista se turbó.

Lanzó un grito Tiamat, sin volver el cuello, con un brutal desafío en sus labios:

«¡Demasiado importante eres para el señor de los dioses como

para alzarse contra ti!

¿Se han congregado en su lugar o en el tuyo?».

Pero el señor, suscitando la tormenta, su arma poderosa,

a la furiosa Tiamat lanzó estas palabras:

«Con fuerza te alzaste, mucho te has exaltado;

en tu corazón te propusiste provocar la lucha,

de forma que los hijos rechacen a sus padres,

y tú misma que los engendraste, odias [...].

Engrandeciste a Kingu para que fuera (tu) consorte,

su mando, que en derecho no le pertenece, opusiste al de Anu.

Contra Anshar, rey de los dioses, maquinabas el mal;

contra los dioses, mis padres, afirmaste tu maldad.

Por mucha que sea tu fuerza, por afiladas que sean tus armas,

¡Ponte en pie, para que tú y yo trabemos singular combate!».

Cuando esto oyó Tiamat,

se volvió como posesa, como si perdiera la

razón.

Con fuerza gritó Tiamat furiosa.

Hasta las raíces temblaron sus piernas.

Recitó un conjuro, lanzó su encantamiento,

mientras los dioses guerreros aguzaban sus armas.

Entonces entablaron la lucha Tiamat y Marduk, el más sabio entre

los dioses,

trabaron combate singular, se atenazaron en la pelea.

Desplegó su red el señor para atraparla, el viento malo, que seguía detrás, le soltó en el rostro.

Cuando Tiamat abría su boca para devorarlo,

por ella le lanzó el viento malo para que no cerrara los labios.

Cuando los vientos salvajes llenaron su vientre,

su cuerpo quedó hinchado, la boca abierta.
Lanzó él su flecha, que atravesó su vientre,

le desgarró las entrañas, le destrozó el corazón.

Dominándola así, acabó con su vida.

Arrojó su carcaj para alzarse sobre ella.

Después de dar muerte a Tiamat, el señor,
su banda quedó destrozada, su tropa desbaratada.

[...]

Pero a Kingu, que había sido hecho su jefe,

lo ató y entregó a Uggae.

Las tablillas del destino, que en derecho no eran suyas,

le arrebató, las selló con un sello y las apretó contra su pecho.

Cuando hubo derrotado y sometido a sus adversarios,

.....

Y se volvió a Tiamat, a la que había atado.

Holló el señor las piernas de Tiamat,
con su maza despiadada destrozó su cráneo.

Cortó las arterias de su sangre
que el viento norte llevó a lugares ignorados.

Al ver todo esto, sus padres se llenaron de gozo y exultaron,

y a él acudieron con presentes, para rendirle homenaje.

Se detuvo entonces el señor para ver el cuerpo muerto,

porque iba a desmembrar al monstruo y hacer obras estupendas.

La partió como una concha en dos partes;
una mitad alzó y la puso como un techo, el cielo,

fijó una barrera y puso guardianes
a los que mandó que no dejaran escapar

las aguas.

Cruzó los cielos y revisó (sus) regiones.

Escuadró el cuartel de Apsu, la morada de Nudimmud,

según medía el señor las dimensiones de Apsu.

La Gran Morada, su semejanza, fijó como Esharra,

la Gran Morada, Esharra, que hizo como el firmamento.

Anu, Enlil y Ea recibieron sus lugares.

[...]

Cuando oye Marduk las palabras de los dioses,

su corazón le impulsa a realizar obras estupendas.

Abre su boca y se dirige a Ea,

para comunicar sus planes habla a Ea,

para comunicar el plan que ha concebido en su corazón:

«Amasaré la sangre y haré que haya hue-

sos.

Crearé una criatura salvaje, 'hombre' se llamará.

Cierto, crearé un hombre salvaje.

Tendrá que estar al servicio de los dioses, para que ellos vivan sin cuidado.

Con maña cambiaré la vida de los dioses.

Venerados por igual, en dos grupos estarán divididos».

Ea respondió, y le dirigió una palabra, para exponerle un plan en beneficio de los dioses:

«Que sea entregado uno sólo de sus hermanos;

sólo éste perecerá para que sea formada la humanidad.

Que se junten aquí los grandes dioses en asamblea,

que el culpable sea entregado para que ellos permanezcan».

Convocó Marduk en asamblea a los gran-

des dioses;

graciosamente los presidía y daba instrucciones.

A sus sentencias prestaron atención los dioses.

El rey dirigió una palabra a los Anunnaki:

«Si vuestra declaración fue sincera,
decid ahora la verdad y por mí juradla.

¿Quién provocó la revuelta,

provocó a Tiamat a rebeldía y azuzó el combate?

Sea entregado el que maquinó la rebelión.

¡Con su culpa le haré cargar para que viváis en paz!».

Los Igigi, los grandes dioses, le replicaron, a Lugaldimmerankia, consejero de los dioses, su señor:

«Fue Kingu quien maquinó la rebelión,

quien hizo rebelde a Tiamat, quien azuzó el combate».

Lo ataron y llevaron a presencia de Ea.

Le cargaron con su culpa y cortaron (los vasos de) su sangre.

De su sangre formaron la humanidad,
a la que él impuso la servidumbre, dejando
libres a los dioses.

[...]

Después de ordenar todas las normas,
a los Anunnaki del cielo y de la tierra asignó
sus porciones,

los Anunnaki abrieron su boca
y dijeron a Marduk, su señor:

«Ahora, señor, ya que nos has liberado,
¿qué homenaje te rendiremos?

Edificaremos un santuario en tu honor, que
se llamará

'La cámara de nuestro reposo nocturno';
¡que en él reposemos!

¡Edifiquemos un santuario, un lugar para
su morada!

El día en que lleguemos, reposaremos en
él».

Cuando Marduk lo oyó,
sus facciones brillaron como el día:

«Como el de la alta Babilonia, cuya edificación solicitasteis,
su obra de ladrillo sea realizada. 'El Santuario' se llamará».

A la obra se pusieron los Anunnaki,
durante un año fabricaron ladrillos.

Al llegar el segundo año,
levantaron el tope de Esagila igual a Apsu.

Después de levantar una torre escalonada tan alta como Apsu,
pusieron allí una morada para Marduk, Enlil (y) Ea.

En su presencia la adornaron con esplendor.

Hacia abajo miran sus cuernos, a la base de Esharra.

Cuando concluyeron la obra de Esagila,
los mismos Anunnaki levantaron sus santuarios.

... todos se reunieron,
... edificaron para su morada.

A los dioses sus padres, sentó en su banquete:

«Esta es Babilonia, lugar de vuestra casa.

Festead en su recinto, llenad sus anchas plazas».

Ocuparon sus tronos los grandes dioses.

A beber y a banquetear se pusieron.

Después de festejar allí,

en Esagila, el espléndido, celebrados sus ritos,

habiendo establecido las leyes (y) sus portentos,

todos los dioses repartieron las estancias del cielo y de la tierra.

Los cinco grandes dioses ocuparon sus tronos.

Los siete dioses del destino pusieron a los trescientos en el cielo.

Enlil alzó el arco, su arma, y lo puso ante

ellos.

Los dioses, sus padres, vieron la red que había hecho.

Cuando contemplaron el arco, y su forma tan hábil,

sus padres alabaron la obra que había realizado.

Empuñándolo, Anu habló en la asamblea de los dioses,

mientras besaba el arco:

[..

[Fuente: E. A. Speiser, *Ancient Near Eastern Texts* (Princeton 1950), reproducido en I. Mendelsohn (ed.), *Religions of the Ancient Near East* (Nueva York 1955) 19-46.]

Las palabras que inician este poema acadio son «Enuma elis» («cuando en lo alto»), y ese es el nombre con el que se le conoce.

La fusión de los diferentes caos iniciales, de Apsu y Tiamat, dio origen a la segre-

gación de las fuerzas primigenias de la naturaleza, ahora identificables mediante nombres propios, los dioses.

De la relación entre ellos surgieron nuevos dioses de menor rango, cuyos juegos y alegría exultantes, es decir, los continuos experimentos y creaciones derivados del uso de sus poderes, irritaron a Apsu de tal manera que decidió acabar con aquellos.

El astuto Ea, en desacuerdo con los criminales propósitos de su padre, le hizo dormir mediante encantamientos y le mató.

Sobre el cadáver de su progenitor, Ea edificó un templo y se unió a una diosa, Damkina, de la que tuvo a Marduk, ornado de tales virtudes que pronto fue reconocido como superior por los dioses jóvenes.

Decidida a vengar la muerte de Apsu, Tiamat organizó un ejército con seres monstruosos que había creado para la ocasión y con la mayor parte de sus hijos, poniendo a su frente a uno de ellos, Quingu, a quien otorgó las tabletas del Destino que previamente había arrebatado al celestial Anu.

Los dioses más jóvenes pidieron a Marduk que los dirigiera a la inminente batalla, si bien ésta no llegó a producirse debido a que el enfrentamiento se resolvió mediante un combate singular entre Tiamat, símbolo del caos primigenio, y Marduk, la racionalidad ordenadora.

La victoria de Marduk fue acompañada del descuartizamiento de Tiamat, el desangramiento de Quingu y el perdón de los dioses que les habían acompañado.

Marduk, dueño ahora de todo lo formado, devolvió a Anu las tabletas del Destino y, con su apoyo, se dispuso a organizar el cosmos.

En primer lugar, asignó las moradas de los dioses en el cielo, reservándose para sí el planeta Júpiter, el más majestuoso de todos ellos.

Creó el Sol, responsable de la duración del día (y de la noche), y la Luna, y organizó con detalle las fases de ésta, lo que le permitió establecer el calendario (calendario mesopotámico), dividiendo el año en doce «lunas» o meses (meses mesopotámicos), cada uno

de los cuales bajo los auspicios de una constelación.

Con los despojos de Tiamat construyó la Tierra: las anfractuosidades de la cara dieron lugar al relieve, mientras que los pechos sirvieron para modelar las altas montañas; las lágrimas que brotaban de sus ojos alimentaron el Tigris y el Eúfrates, y así sucesivamente.

Por último, y tras construir su morada en el centro del mundo, Babilonia, encargó a su padre Ea la creación de seres que se encargaran de proporcionarles el alimento.

Y como en el poema anterior, la sangre de un dios, en este caso Quingu, sirvió para dar forma a la arcilla con la que fueron moldeados los primeros humanos.

Pese a los avatares políticos de la región, la cosmogonía de Enuma Elis sobrevivió durante siglos en sus líneas esenciales, bien con pequeñas modificaciones onomásticas (como la sustitución de Marduk por Assur cuando Babilonia cayó en manos de Asiria), bien a través de la creación y desarrollo de nuevos mitos inspirados en aquél, como las

dos tradiciones que confluyeron en la mitología hebrea y que conformaron el primero de los libros del Pentateuco, el Génesis.